

Cultura y Espectáculos



Los asistentes salen de San Ildefonso al concluir el funeral. Javier León, Juan José Lucas y Josefa Fernández Arufe, a la puerta de la iglesia. FOTOS HENAR SASTRE

Cientos de personas despiden al artífice de 'Las Edades del Hombre'

Delicado destacó el espíritu «sereno y confiado» ante la muerte de José Velicia

Representantes de la política, de la iglesia, de la cultura y de las artes se dieron cita ayer en la Parroquia de San Ildefonso para dar el último adiós a José

Velicia, artífice de 'Las Edades del Hombre' y comisario de todas las exposiciones. Al funeral, que fue presidido por el arzobispo de Valladolid, José

Delicado Baeza, asistieron también los obispos de Segovia, Luis Gutiérrez; de Salamanca, Braulio Rodríguez, y de Osma-Soria, Francisco Pérez González.

María Aurora Viloria. VALLADOLID

Entre los representantes políticos que acudieron a dar el último adiós a José Velicia estaban el presidente de la Junta de Castilla y León, Juan José Lucas; el secretario de Estado de Cultura, Miguel Ángel Cortés, el secretario de Estado de Universidades, Fernando Tejerina; el alcalde de Valladolid, Javier León de la Riva; la consejera de Cultura, Josefa Fernández Arufe, y el delegado Territorial, Roberto Fernández de la Reguera.

Además, entre los cientos de personas que abarrotaron la iglesia en la que José Velicia ejerció su ministerio como párroco, se encontraban numerosas representaciones de la Universidad, la cultura y las artes, así como los obispos de Segovia, Salamanca y Osma-Soria, el abad del monasterio de La Trapa y los presbíteros vallisoletanos.

El arzobispo de Valladolid, José Delicado Baeza, que presidió la Eucaristía, agradeció en nombre de la familia antes de comenzar la homilía los nume-

rosos mensajes de condolencia que ha recibido, desde los Reyes de España y el presidente del Gobierno, hasta hombres de la cultura y gentes sencillas.

Fe y cultura

Delicado afirmó luego que «nos hemos congregado para orar por él, porque esta asamblea no se puede entender de otra manera. Al igual que 'Las Edades del Hombre' pretenden afianzar el diálogo entre la fe y la cultura desde la perspectiva artística». Nada de esto tiene sen-

tido, añadió, «al margen de la luz de la fe iluminada por la palabra de Dios».

Comentó después el arzobispo de Valladolid los textos que había elegido para el funeral porque consideraba que reflejaban la forma integral que Velicia tuvo de entender lo que estaba haciendo. Comenzando por el párrafo del Libro de la Sabiduría, «habiendo consumido su vida en poco tiempo, llenó muchas edades». Y recordó que cuando le fue a comunicar el diagnóstico médico le dijo que estaba lleno de gratitud por el

ministerio pastoral que se le había confiado a través de la cultura «que siempre me ha gustado».

Después de afirmar que el Señor concede la gracia a los que responden a su llamada, recordó que en las visitas que hizo a Velicia durante su enfermedad comprobó que su corazón estaba en Dios, «dialogando y ofreciéndose a él y aceptando resignado y sosegado su voluntad en medio del dolor».

Comentó luego la segunda lectura, la Carta de San Pablo a los romanos, que resumió diciendo que todo acaba en la resurrección. Para pasar al Evangelio y recordar que Velicia le dijo que se estaba comunicando con Dios. «me estoy ofreciendo a él con el deseo de cumplir su voluntad hasta el último momento».

Concluyó hablando de su generosidad, amor y entrega, para afirmar que con 'Las Edades del Hombre' había «encendido la luz de la esperanza que permanece para siempre».

Terminado el funeral José Velicia fue enterrado en su localidad natal, Traspinedo.

Las edades de Velicia

ANTONIO MELENDEZ

COMOreza el tópico -¡asqueroso tópico!- José Velicia, un amigo de todos, falleció la noche del pasado día 19 tras penosa, aunque no tan larga, enfermedad. Tenía 66 años de madurez y llevaba sobre sus espaldas la sexta de 'Las Edades' que, sin embargo, no vio inaugurada, a no ser vía internet, por eso de los designios de Dios en los que creía apasionadamente.

Había nacido en un pueblo, Traspinedo, no lejano de la ciudad, raíces de las que se sentía orgulloso y de las que alardeaba sin recato, cuando se confesaba no más que un cura de pueblo.

También había iniciado su ministerio en un pueblo, Olmedo, donde fue coadjutor de un sacerdote mayor a quien

guardó admiración toda su vida, Don Gregorio, y donde conoció y plantó las semillas de una amistad que le ha acompañado hasta los últimos momentos de su vida, el escritor José Jiménez Lozano, con quien compartió lecturas e inquietudes, desde el Concilio Vaticano II hasta heterodoxos, judíos y árabes, poetas y visionarios.

Con el tiempo y después de haber abierto las puertas del asilo de la parroquia de San Ildefonso a disidentes y obreros en paro, cuando eran monacales las ideas y peligroso el pensar y el andar contracorriente y en libertad, los dos Pepes unieron su amistad en favor de la creatividad para dar a la luz la criatura compartida de 'Las Edades del Hombre'. Velicia puso la chispa y Jiménez Lozano

la imaginación y la palabra hasta plasmar un proyecto cultural o un cuentacuentos a través de iconos, libros, códices y documentos, de la música y sus instrumentos. Un cuentacuentos con sabia intención, al quererlos enfrentar con la libertad y esas cuestiones existenciales que los hombres y mujeres de hoy queremos eludir o las queremos distraer por llenar nuestras vidas de ruidos y prisas, de superficialidad o de la falsa estética que se reduce a belleza formal o a mera decoración o pose o a simple consumo. Al fin y al cabo, entretenimientos para no cometer el error de asomarnos a nosotros mismos y descubrir en el fondo del pozo la espeluznante salamandra o el puro y el duro misterio.

Pocas veces, como escribía otro sacer-

dote vallisoletano a quien también la vida se le quedó demasiado corta, José Luis Martín Descalzo, tras haber visitado la Exposición de Valladolid, esa Catedral había sido testigo de un sermón mejor dicho, con mejores contenidos y tan eficaz. Y habría que añadir, y pocas veces la imagen de la Iglesia ha sido tan clara a la hora de ofrecer la mano tendida, las puertas abiertas y la estancia cálida para hablar con todos de su verdadera pasión, el hombre, cuya talla Jesucristo es la pasión que le resucita.

Ayer, tras darle gracias a Dios por el regalo inestimable de José Velicia, amigos y conocidos depositábamos su cuerpo muerto en el camposanto de Traspinedo a la espera de la séptima edad, la de la vida que nunca se acaba.